

XXIII

Bajo el peso de tan clara notificación quedó Baltasar, viendo desaparecer á su hijo sin dar tiempo á la réplica, á la protesta, á la objeción, al ruego, al alarde de indiferencia, al movimiento de arrogancia, á la risa desdeñosa, á cualquier acto que demostrase que no le ponía miedo el repentino sofoco. Sintióse Baltasar como atornillado al asiento: esta inmovilidad es uno de los primeros fenómenos del miedo, que suele cortar la respiración y paralizar las piernas... Oyó el ruido de la puerta de la antecámara que se cerraba de golpe, y el perrillo canelo, que había despedido al compañero con ladridos de furia, regresó moviendo la cola, y saltó al diván para encaramarse á los hombros de su amo y lamerle afectuosamente las sienas; y la caricia del animal y el silencio de la habitación y la butaca que había dejado vacía el tipógrafo, le pareció á Baltasar que tenían algo de trágico en aquel instante...

Baltasar Sobrado, el antiguo seductor de Amparo, la cigarrera (1), el militar retirado, el vividor sibarita, el ávido negociante—no era lo que se llama un cobardón—. Aunque los derroches de vitalidad á que le arrastraba su condición mujeriega le hiciesen parecer más viejo y gastado de lo que realmente estaba, no carecía de lucidez, ni de sangre fría ante los peligros. Había hecho campaña, había oído descargas y asaltado trincheras. En el crítico trance en que le ponía el *compañero*, Baltasar no perdió el discernimiento, ni se ofuscó su razón. Tal vez esto mismo contribuyó á ablandarle.—En rápida asociación de juicios y de ideas, vió que los argumentos del socialista eran perfectamente lógicos. Al renunciar á la dinamita, al bárbaro desahogo de los explosivos, el mozo demostraba que no le guiaba un impulso ciego, un conato irreflexivo de destrucción, sino un cálculo certero, de jugador que arriesga la cabeza para ganarlo todo de un golpe. Era la combinación hábil y exacta; y la determinación, hija, por decirlo así, de una *desesperación que espera*, revelaba una tensión de voluntad que debía conducir á la victoria. Para Baltasar, encenagado en todos los placeres; acostumbrado á regalar y festejar á su cuerpo; cincuentón, pero sano aún; para Baltasar, rico, poderoso, dichoso, era perder infinito perder la amable vida. Para el *compañero*, para el granuja de la calle, sin nombre, sin un real,

(1) Véase *La Tribuna*.

la muerte, si no fuese grata, no podía ser tan horrenda. El tipógrafo sabía lo que se hacía, y Baltasar, dando vueltas en su cabeza al problema planteado, no encontraba medio de librarse de su hijo.

Existía en favor de Sobrado una probabilidad: que el *compañero* hubiese amenazado... por amenazar, y que le faltase el valor. ¡Hasta el hombre más miserable y desdichado siente apego á la existencia! Pero también — sugería el temor— vemos á cada paso gente que la expone y la pierde por leve causa. ¿No podría el socialista exponerla con mayor motivo en una aventura que, á salir bien, le valdría nombre, posición, la honra de su madre y una herencia de millones? ¿No era el que emplazaba á Baltasar un hijo de aquella misma Amparo que, viéndose burlada, quiso pegar fuego á la casa de los Sobrado, en la calle Mayor? ¿Lo que no realizó la madre, no podría cumplirlo el hijo, que tenía fama bien ganada de animoso, de resuelto, de tenaz, que había conquistado desde su humilde posición de obrero la jefatura de una agrupación política, y en quien germinaba desde la niñez la idea, el sueño, la sed del desquite y de la venganza?

A la parálisis momentánea siguió en Baltasar desatada excitación nerviosa. Empezó á agitarse, á pasear por el cuarto abajo y arriba, como si tuviese hormiguillo, como si le pinchasen. ¿Qué haría? ¿Qué solución sería menos mala? El *compañero* le había cortado todas las salidas; no podía ausentarse, ni llamar en su

ayuda á la autoridad y á la ley. ¿Desafiar al compañero, luchar con él de hombre á hombre, herirle, matarle? ¡Bah! Las personas acomodadas, los pudientes, los burgueses sólidos, no matan á nadie; no quieren comprometerse, no quieren perder la libertad, no quieren que la justicia les meriende su hacienda. ¿Despreciar las amenazas, burlarse de ellas, esperar tranquilo? Esto era, sin duda, lo mejor... Sin embargo, sólo de pensarlo se le enfriaban las manos y se le humedecía la raíz del cabello al rícachón, al empedernido calavera... De pronto miró el reloj, y vió con sorpresa que marcaba las doce menos veinte minutos... ¡Dos horas corridas ya! ¡Dos horas de los tres días, plazo en que debía dar su mano de esposo á la Tribunal!... ¡Dentro de veinte minutos llegaría Rosa, ligera como una aparición, risueña, perfumada, con enaguas de encaje, pasiva, complaciente... ¡y había que recibirla, que acariciarla! Baltasar cogió precipitadamente un libro y lo mandó por el criado al piso de arriba, para la señorita Rosa; era la señal convenida con que las citas se aplazaban...

Almorzó distraído... ¿Qué es decir *almorzó*? Su garganta se contraía; su estómago, inerte, rehúsaba el alimento; intentó beber para alentarse, y la primer copa de exquisito borgoña le causó una especie de náusea. Y al alzarse de la mesa... ¡oh vergüenza! ¡oh miseria de la humana condición! otro fenómeno fisiológico, involuntario, le demostró que el espíritu transmite á la materia sus impresiones, y que ésta obe-

dece, como sierva que es, alterando sus funciones, hasta las más ínfimas y bajas.

Las zozobras y desfallecimientos sufridos durante el día fueron tortas y pan pintado en comparación de los nocturnos.—A la tarde siguiente, Baltasar, queriendo alardear de tesón é indiferencia, salió á la calle Mayor, y ocupó su lugar de costumbre en la Pecera, cigarro en boca. Allí se sintió aliviado; la compañía le reanimó, y casi se rió de sus preocupaciones. Al poco rato, por un callejón que desembocaba frente á la Pecera misma, vió venir al *compañero*, solo, calada la gorrilla, mirando fijamente hacia el vidrio que protegía á su padre. La actitud del mozo nada tenía de retadora ni de insolente: era serena, y sin embargo, tan expresiva, que el emplazado se levantó de súbito, y por la puerta que daba á la Marina, huyó furtivamente á su casa. Acostóse á las nueve, después de tomar sin gana un caldo y chupar un ala de pollo, comida de enfermo que así y todo le costó trabajo atravesar.—La noche fué horrible, una de esas noches que mueven á los que las pasan á mirarse al espejo cuando despiertan, por si el cabello se les ha vuelto blanco...—Rendido de la brega, Baltasar se sostuvo aún todo el día: su soberbia, su dureza, su ferocidad interior de desalmado hecho á pisotear á la humanidad para que suelte el jugo, protestaban, gritaban, y le pintaban con vivos colores el cuadro de tan humillante derrota y tan ridículos desposorios... ¡Pero la vida, la dulce vida! ¡La *única* vida que existía para Baltasar, porque de

la otra, allá á su burdo estilo de escéptico de café, dudaba y hasta descreía riendo!—Pasó una noche más, formidable, con el vértigo de la nada, con el frío estremecimiento de la muerte visitando de continuo sus venas.—Cuando se levantó, entreabrió los visillos y observó que por los soportales de enfrente se paseaba, con aire de indiferencia, fumando un cigarrillo, el compañero Sobrado. Baltasar soltó bajito una interjección, cerró los puños, se mordió el pulgar por la falange, pateó, se resignó, se encogió de hombros, entró en su despacho, y escribió un renglón llamando al chico y pidiendo parlamento. El fámulo fué á llevarlo en dos brincos.

La única gracia que pudo obtener el reo fué que la boda se verificaría al amanecer, de tapadillo, lo más tapadillo posible, y que después de la ceremonia saldrían los recién casados y el vástago en un coche á la quinta de la Erbeda, no regresando hasta que se calmase el asombro producido por tan peregrino enlace. El compañero ofreció también decir á todo el mundo que *aquello* era resolución espontánea y voluntad explícita de Sobrado; que nada le había obligado á la reparación sino su conciencia y su natural hombría de bien. Este programa se cumplió sin quitar punto ni coma; y tal fué el sigilo, y la ceremonia tan recatada, que en los primeros momentos Marineda se dividió en dos bandos, uno que sostenía que casado estaba Baltasar, y otro que afirmaba que no había tal cosa, y que solamente por tapar la boca al compañero, Baltasar se lo había llevado al cam-

po, en calidad de mayordomo, y de ama de llaves á la Tribuna.

Sin embargo, es imposible que en ciudades de la población relativamente escasa de Marineda se guarde el secreto de acto tan importante y visible como una boda, y boda tan extraña como la del opulento Baltasar Sobrado con la infeliz cigarrera seducida y abandonada por él veintitantos años antes; y los refinamientos del sigilo, los encargos al párroco y testigos, y las propinas al monaguillo y acólito—cuantas precauciones adoptó el abochornado, corrido y aniquilado Baltasar—fueron insuficientes para que la noticia no cundiese y se divulgase antes de terminar la semana en que se consumó el sacrificio. Y, en realidad, ¿á qué venía tanto misterio? ¿Puedese ocultar un matrimonio celebrado con todos sus requisitos? ¿Acaso dos oficiales que salieron á dar un paseo á caballo por las alturas de la Erbeda, no habían regresado despavoridos, refriendo en la Pecera, con mil detalles, que en el coche de Baltasar Sobrado—, aquel bonito clarens traído de Francia y revestido de rico reps de seda azul, tirado por un tronco bayo tan cuidadito que, según Primo Cova, se le daba chocolate por las mañanas y caldo por las noches...—habían visto, ¡oh espectáculo indudablemente nuncio del juicio final! á la Tribuna, á la mismísima Amparo la cigarrera, recostada muellemente, luciendo una manteleta negra con flecos de azabache, y á su hijo, al compañero Sobrado, al jefe de los socialistas marine-dinos, al corresponsal de Pablo Iglesias, recl-

nado como un patriarca, dejando ceremoniosamente la derecha á la que le llevó en su seno?

Por si no bastaban estas noticias para encrespar el oleaje de las críticas y los comentarios, ocho ó diez días después del magno acontecimiento, un domingo, á la hora de más concurrencia y animación en la calle Mayor, que es la de la salida de misa de doce, cruzó por entre los grupos un hombre que pareció una visión á los que le contemplaron. Le conocieron, claro que sí; pero iba desconocido. Habíase cortado y peinado el rizado pelo según los preceptos de la moda; y arrinconada y tal vez quemada la humilde é informe blusa, la plebeya gorrilla y demás prendas de su guardarropa de obrero, lucía y se ostentaba la gallarda figura del que ya era heredero de Sobrado, mal á sus anchas embutida en un terno de fino paño inglés, que proclamaba su reciente salida de la sastrería en los marcados dobleces y en lo flamante del género. Al tenor del traje eran el sombrero hongo gris, la nívea camisa, la corbata de raso claro, con lindo alfiler, y el calzado resplandeciente. Por último, ¡detalle realmente inverosímil, que á no verlo con los propios ojos no se creyera! al sacar el ex compañero Sobrado— ya D. Ramón Sobrado con todos sus perendengues de legitimidad—la mano del bolsillo, para extraer de una petaca de gamuza un cigarrillo de papel, pudo verse que calzaba guantes; guantes, sí, guantes claros de lo más señoril; con sus tres cadenetas, sus dobles costuras, sus botones gordos. Desde mi

observatorio de la Pecera, donde me acurrucaba mohíno y entristecido, pensando en Feíta que pronto levantaría el vuelo, y rumiando planes locos de seguirla á Madrid, presencié aquel inaudito espectáculo, y experimenté una de esas impresiones morales que jamás se olvidan ni se borran; una especie de sensación de la presencia real de la justicia divina, una certidumbre de la acción de la Providencia en la tierra. No porque yo creyese que la mencionada justicia divina estaba en el deber de proporcionarle al compañero Sobrado corbatas de seda y guantes de piel británica, sino porque tan rápida y extraña mutación, aquel hijo abandonado tantos años en el arroyo, lo mismo que se abandona un sobre roto ó un bramante cortado, y ahora establecido con tal boato, heredero de un capital respetabilísimo, era el castigo del miserable vicioso que le había traído al mundo; castigo tan ejemplar, que como obra maestra de ejemplaridad pudiera estimarse. Otra cosa vi también en el repentino encumbramiento de Ramón Sobrado, del pobre obrero maltratado hasta entonces por la fortuna.—Y fué la demostración más clara de que, hasta en los partidos que tienen por bandera el colectivismo, sólo la acción individual conduce á resultados prácticos. Sin *meetings*, sin conjuras ni auxilios de nadie, el compañero se había valido á sí propio... Así lo proclamaba su aire arrogante, el desdén casi retador con que miró hacia la Pecera, cual si exclamase altivo: «¿Me veís? Ayer no era de los *vuestros*... Ya lo soy, por-

que *he querido* serlo... Desdeñadme ahora.»

Lástima que una idea súbita viniese á aguar-me la satisfacción de comprobar que existe esa justicia vigilante y severa, dedicada á apuntar la más mínima partida en la cuenta corriente de nuestros actos. Se me ocurrió que si antes el obrero de blusa, prendado de la burguesa Feita, recordaba el gusano enamorado de la estrella de que nos habla el poeta romántico, ahora, habiendo traspasado esa valla social que parece tan difícil de salvar, Ramón Sobrado era para la hija de Neira lo que se llama un *partido*, un hombre joven, guapo, hacendado, el sueño de la muchacha casadera, el novio que envidiarían las demás señoritas de Marinada, seguramente... Y viendo al nuevo burgués tomar la dirección de la calle donde vivía Neira—que era por otra parte la de *su propia casa*, la magnífica vivienda de Sobrado—mis celos y mi pena me impulsaron á dudar (por última vez) de la sinceridad de la vocación independiente de Feita, y calculé, amostazado y dolorido:

—Ahí va el que ha de impedir el viaje de mi loca.

Al mismo tiempo que yo pensaba así, Primo Cova me tocaba en el brazo y me decía:

—¿Ve usted los socialistas, los anarquistas, los dinamiteros? Deles usted ropa decentita y guantes ingleses... y verá qué pronto cuelgan las armas.

XXIV

Debió de ocurrir el caso aquel mismo día en que los absortos marinedinos contemplaron la majeza y elegancia del ex tipógrafo y se quedaron como quien ve visiones, creyendo que se desquiciaba el mundo. Sí: aquel mismo día debió de ser, porque el hecho se realizó cuando ya nadie puso en duda la autenticidad del tardío y estupendo enlace del rico D. Baltasar y la humilde *Tribuna*.—En su cuarto estaba D. Benicio Neira, desagradablemente ocupado, contestando á cartas que desde Lugo le escribían, y en las cuales todo se volvían nuevas de casas de caseiros viniéndose abajo por falta de reparos, de recargos de contribución, de malas cosechas, y de bajos precios. Neira escribía con inseguro pulso, y su abatida frente y sus hombros agobiados delataban el cansancio y la vejez. Toda situación difícil tiene horas más crueles, de mayor desaliento, y en la que atravesaba Neira, con un cabello le podrían ahogar. Próximo el

vencimiento de los réditos que anualmente pagaba á Baltasar Sobrado, réditos que crecían como la bola de nieve, Neira no sabía ya qué finca hipotecar, ni de dónde sacar fondos para el urgente pago. Sus esperanzas de que Rosa «se colocase» y de que Sobrado, al entrar en la familia, usase de misericordia, con la noticia de la boda habían venido á tierra de golpe. La decepción cayó como un peñasco sobre el alma del pobre padre, que veía miseria sobre aquellas hijas tan amadas, hasta sobre las pequeñuelas inocentes. Se acusaba á sí propio, y se despreciaba; ¿qué era él? Un hombre honrado, á secas... inútil para la vida, para la lucha. Sólo podría haber sido dichoso naciendo dos siglos antes y encerrándose en un convento, uno de esos refugios de los débiles, donde nadie tiene que crearse su propio destino, porque se lo da hecho la voluntad fuerte de un sabio fundador y la regla clara y firme por él establecida...

Mientras D. Benicio borrajaba sus epístolas, tratando de defenderse, lidiando con las chinchorrerías de los de Lugo, revolvía en su mente el único medio de aplazar el conflicto. No le quedaba otro recurso. Era preciso escribir á doña Milagros exponiendo la verdadera situación. Aquella señora excelente, generosa, nobilísima—pese á los malsines—y muy rica ya, por herencia de la Tomatera de Chipiona, no se negaría á socorrer á D. Benicio, padre de dos criaturas á quienes prohibaba y amaba la andaluza con cariño tal vez más exaltado que el materno. Pero Neira, á la idea de mendigar un auxilio en

metálico, sentía una sofocación, un bochorno inexplicable. Arruinado y hundido, quedábale aún su puntillo de caballero, de hombre bien nacido, de hidalgo; si había contraído deudas, de ellas respondían sus bienes; no es lo mismo pedir prestado que pedir limosna. ¡Si él pudiese trabajar, desempeñar un destino! Pero ¡á su edad, quién le protegería, quién le colocaría! ¡Ah! ¡Si fuese solo, si no tuviese aquellas hijas, aquel deber natural y terrible que cumplir!

Abrióse la puerta de súbito, y Rosa entró... Cuando el padre y la hija se encararon, retrocedieron: tales estaban ambos de desemblantados, de cadavéricos, como si algún golpe de esos que destruyen las organizaciones más fuertes—pena ó enfermedad—hubiese caído sobre los dos á la vez. En Neira sorprendía menos el destrozo, pues tiempo hacía que en su cara ciertos matices azulados delataban el progreso de una afección cardíaca; pero en Rosa, la bien nombrada, la que por su frescura y belleza era recreo de los ojos, adorno de la casa y gala de la ciudad: ¡qué tremendo sello habían grabado la decepción, la catástrofe de su intriga amorosa, el miedo y la afrenta! Hasta el último instante Rosa había querido engañarse á sí misma; pero la boda de Baltasar Sobrado se hizo pública, y ella acababa de recibir el parte oficial en la forma más ignominiosa, como se recibe un bofetón: aquel papel que traía en la mano, papel largo, cubierto de renglones que concluían en una cifra, era la confirmación contundente de su desventura, y al par la prueba

de que ni aun el estipendio de su honra lograba salvar en tal naufragio...

Nada se dijeron en el primer instante el padre y la hija, y por fin ella se le echó en brazos, sollozando tan alto, exhalando tales gritos, que por instinto de precaución, Neira corrió á la puerta y pasó el cerrojo. Al fin, el padre logró tomar la palabra, y entre besos y caricias murmuró frases de consuelo. «No te apures, paloma; ten valor... ¿Qué se le ha de hacer? Esa suerte no estaba para ti, ni para nosotros... Paciencia; eres muy bonita, y no faltará quien tenga ojos en la cara y no te deje por una pillastrona vieja... Ea, no te aflijas más...» Pero Rosa seguía gimiendo, hipando, retorciéndose las manos, estrujando el papel. Al fin, animada por la bondad del padre, en una de esas expansiones que provocan en la mujer la tensión nerviosa y el llanto, vació de repente todo el costal de las infamias. No se trataba lo que su padre creía. ¡Ojalá! ¡Si al menos aquel dolor fuese la inocente aficción de la doncella que soñó en castas nupcias y vió huir de su lado al novio que la prometía la ventura! ¡No, no... ¡Era otra cosa...! y allí estaba lo inminente, lo fatal... la cuenta de las galas y trapos que ella nunca pensó pagar, la cuenta que debía abonar Sobrado, y que recaía, como candente hierro que marca en la tez el baldón, sobre la faz del padre confiado y débil. Ya dos veces el comerciante, sabedor de la boda de Sobrado y olfateando un embrollo en aquellas facturas, había escrito á Rosa apurando, amenazando... Y

Rosa no podía pagar, Rosa no se atrevía á salir á la calle, Rosa no tenía el recurso de acudir á Sobrado, ausente, marido ya de otra... — El primer momento fué de espanto tan grande, que Neira enmudeció. Como el niño que en desatentada carrera va disparado á chocar contra una dura esquina que le hiere, sobrecogido con el golpe, queda al pronto silencioso y quieto, aunque luego rompa en vehemente explosión de llanto, así el padre, sofocado, ahogado por aquella ola de vergüenza que acababa de envolverle de la cabeza á los pies, anegándole, se quedó petrificado. Un dolor agudo, que partía del hombro izquierdo y bajaba á hincarse en la viscera que reparte la sangre y con ella la vitalidad, paralizaba también á Neira, cortándole el aliento. Parecía que una mano certera le estaba clavando muy adentro y con suma complacencia un agudo estilete. De pronto, aquella suspensión de todas sus facultades fué sustituida por un ímpetu loco, un deseo de destruir, de romper, de pisotear, de aniquilar. Corrió á su hija, la asió de las manos, la zarandéo, y, frenético de ira, la escupió al rostro estas palabras:

— ¡Bribona, perdida, asquerosa!

Después, ciego, la lanzó contra la pared. Rosa, entre el remolino de sus infladas faldas, vino á recaer sobre un sillón muy viejo, donde quedó medio sentada, medio arrodillada; y mientras maquinalmente, sensible al dolor físico antes que al moral, y preocupada sobre todo de lo que podía deslucir su hermosa persona,

se tentaba las muñecas lastimadas y desolladas por los dedos y las uñas de su padre, éste, aplinado por el esfuerzo de su enojo, corría hacia la cama y revolcando en la almohada la cabeza, lloraba desesperadamente, con lenta queja prolongada, pueril...

De pronto se enderezó, y volviéndose hacia Rosa, dijo con lágrimas en la voz, implorando:

—¿Dónde está esa cuenta? Venga, que se pagará... ¡Aunque tengamos que mendigar por las calles!

—Aquí... aquí está...—balbuceó Rosa temblando.

—¡Y cuidadito!—añadió él—. Y cuidadito como... como... como dices á nadie... ¡á nadie! que te había prometido pagarla ese... ese tío sucio, malvado..., ¡á quien yo...!

Iba á precisar la amenaza; iba á anunciar algún desquite en el triste juego donde aventuraba y perdía la honra—, cuando de pronto recordó que ya no quedaba medio humano de restaurar el crédito de su hija. Se le había adelantado otro, joven, fuerte, resuelto, el *compañero*... Casado estaba Baltasar; ¿qué reparación exigirle? Y Baltasar era dueño de casi toda la hacienda de Neira... Si no se apiadaba; si, en su calloso corazón, el daño hecho á Rosa no infundía piedad hacia la familia... en breve las hijas de D. Benicio coserían para vivir, y la quiebra del honor de Rosa se miraría como se mira la ignominia oscura de las infelices nacidas en las capas sociales inferiores. Razón tenía Feita, sobrada razón: el único recurso, en

ciertas situaciones, es descender intrépidamente á las filas del pueblo, aceptar el trabajo manual, el vestir pobre, la baja condición... y conservar, dentro de ella, ya que no el decoro externo—la cáscara del decoro, amalgama de apariencias y vanidades—la independencia moral, la dignidad, que no se mide por clases, riquezas ni crédito... La dolorosa convicción de su impotencia para reparar el agravio hecho á su hija trastornó á Neira de tal suerte, que enseñó los puños al cielo... Al querer consolarle Rosa, la despidió de sí otra vez, y fulminando indignación por los ojos, repitió:

—Ya te he dicho que se pagará esa cuenta... ¡Se pagará, se repagará! Lo demás, ¿qué te importa? ¿Qué te importa darnos la muerte y sepultarnos en basura? Como tengas tus trapos... ¡trapos malditos, cochinos trapos, que ponen á un hombre de bien en el caso en que yo me encuentro! Se pagará la cuenta, aunque fuese acuñando gotas de mi sangre... No permitiré yo que crean que si la hija es una pindonga, el padre es un tramposo... ¡Mañana mismo buscaré otra casa, porque ésta se me cae encima! ¡Aquí os habéis juntado un canalla y una mala hembra, para asesinarme... y lo habéis conseguido, caracoles si lo habéis conseguido! ¡Quién me diría—añadió el infeliz con súbita reacción de ternura—que habías de ser tú, Rosa, mi Rosiña... mi vanidad... la que ibas á darme el tó-sigo! ¡La hija de perdición!

Fría de alma era Rosa Neira ciertamente; ningún sentimiento generoso hacía latir su seno

tan puro de líneas, su seno de mármol; sin embargo, hay momentos, hay palabras, hay acciones que arrancarían chispas de sensibilidad de las piedras, cuanto más de un sér humano, de una hija. Movida por la inesperada y amante queja; sintiendo mojado el rostro por las lágrimas paternas, lágrimas encendidas, caldeadas por un horrible dolor, por esa vergüenza que cuestan las malas acciones de los hijos—vergüenza mayor que si la originase la mengua propia—Rosa, ansiando por instinto disculparse de algún modo, aminorar un poco su responsabilidad, tartamudeó:

—No soy yo sola quien le avergüenzo, papá... No parece sino que otras no hacen lo mismo que yo... ¡y peor si acaso!...

Echóse atrás Neira, rígido. ¡Eso más! ¿Qué significaba?... ¿Qué ocurría? Que repitiese, que se explicase... La muchacha, en su sobresalto, quería desdecirse, comerse las palabras... pero D. Benicio la agarró otra vez de las muñecas, la envió al rostro su aliento de fiebre, la fascinó con sus ojos ya secos, llameantes... impuso su voluntad, como la imponen los débiles cuando adquieren un vigor ficticio y momentáneo, hijo de la absoluta desesperación... Rosa cedió; era de cera, y ni sabía resistir, ni dejaba de encontrar fruición maligna en disculparse acusando al prójimo.

—¿Cuál otra hija mía se ha perdido?—articuló D. Benicio, relampagueando—. Es Feita, ¿verdad?...

Rosa dudó un momento. A Feita no la quería

bien: eran inveteradas la antipatía y la discordia entre la hermana frívola y la hermana sabia. La idea de calumniarla cruzó como un rayo por su menguado espíritu. Pero temió que Feita, con cuatro impetuosas palabras, disipase la calumnia é hiciese resplandecer la verdad. Temió, sin darse cuenta de que temía, como sucede á las conciencias oscuras, y, agarrándose á la verdad cual á una tabla, dijo categóricamente:

—No, es Argos.

—¡Cuidado con mentir! ¡Te deshago...! A ver, cuenta, cuenta—ordenó el padre con calma fúnebre y espantosa—. Cuéntame eso, que me divierte mucho... Argos, ¿eh? ¿Y con quién? ¿Y cómo? ¡He dicho que cuentes!—repitió alzando la voz, sin miedo á que resonase fuera, á que se enterase alguien de escena tan espantosa—. ¡Obedéceme siquiera ahora, que poco me tendrás que obedecer en este mundo! ¿O es que mientes, pécora?

—No miento, no... No se enfade más... Argos... es con Mejía...

—Con el Gobernador, ¿eh?

—Sí, señor... con el Gobernador, que la tiene chiflada... Está loca de atar. ¡Si él la manda echarse á un pozo... se echa!

—¿Dónde se ven? ¡Aquí, cuando yo salgo!

—En casa de él—... Neira se estremeció de pies á cabeza—. Ya fué allá Argos dos veces... después de anochecido, disfrazada con mantón y pañuelo... Y como él tiene enemigos que intrigan para quitarle este Gobierno... y piensa

largarse de aquí pronto... ella... proyecta escaparse con él á París!... Lleva el retrato de él sobre el pecho... Si usted lo quiere ver, puede desabrocharla el vestido... León Cabello, que tenía con ella relaciones, anda muy triste, amenazando matarse... Todos los días recibe ella una carta larguísima del músico... y se la manda al Gobernador para que se ría, para que haga burla...

La muchacha amontonaba detalles, picada, sañuda, deseosa de que por lo ajeno se olvidase lo propio... El padre hubo de poner fin á la confidencia. No necesitaba saber más—. Cuando Rosa salió de la estancia tapándose los ojos con un pañolito, Neira tomó la pluma y escribió á doña Milagros una carta apremiante y corta. Después buscó el sombrero; echóse á la calle; pasó cosa de media hora en el despacho del dueño de la Ciudad de Londres, y de allí se dirigió al palacio del Gobierno civil.

XXV

El Gobernador no se había vestido aún para almorzar, y Neira le encontró de batín de pana verde entreabierto sobre la camisa con chorrera de encaje—; afeminado atavío, que hizo pasar por las venas del desdichado padre un escalofrío de repugnancia y de ira—. Sucede que si menudencias semejantes, en las personas que amamos, provocan interiores efusiones de ternura, efluvios de simpatía, una corriente de odio puede brotar de cualquier rasgo físico de las que detestamos. El cariño y el aborrecimiento se alimentan de todo. Neira, en aquel instante, creía aborrecer especialmente, no al Gobernador, sino á la suave chorrera y al bien cortado batín. ¡Qué sentimiento tan extraño en Neira aquel odio sombrío, que serpeaba como veta de azogue por sus manos, haciéndolas temblar! ¡Qué catástrofe moral la que, por breves instantes, comunicaba el temple del hierro á un alma tan afectuosa, tan mansa, tan cristiana!—